

movimiento, echando á correr desesperada hacia la escuela gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro!—pero con una voz tan apagada, que nadie la hubiera oído.

Él la persiguió, ansioso, pronunciando palabras incomprensibles.

En medio del terror que la privaba del sentido le pareció oír:

—¡Perdóneme! ¡Perdóneme!

Luego no oyó nada, ni siquiera sus pasos.

Llegó traspasada á la escuela tambaleándose en el pasillo, y encontrándose con la mujer del bedel que llevaba una luz, se dejó caer sobre la pared como muerta, agotada y desvanecida.

—¿Qué es eso?—preguntó espantada la mujer.

—¡Un ladrón!—contestó ella.

El portero acudió.

—¿Un ladrón? ¿Un ladrón?—y cogiendo un palo, se lanzó fuera, atravesó el patio... y... cerró la puerta.



XIX

La infeliz maestra pasó la noche con fiebre, pensando cuál sería el camino mejor para recurrir á la Justicia, porque ya no cabía duda, era una cosa necesaria: no sabía si referir el hecho al maestro Gavallo como director, para que expulsara á Muroni de la escuela y lo denunciase á la guardia civil, ó ir sin más ella misma á ver al caballero Sannis, que era el personaje más autorizado del pueblo, para que él proveyese en el modo que estimara más oportuno. A dar algún paso, cualquiera que éste fuese, estaba resuelta; su ánimo no podía soportar la idea de que hubiera de tener un nuevo encuentro, y sufrir un terror tan grande como los que había experimentado, ante cuyo recuerdo todavía temblaba.

En la mañana siguiente se levantó decidida para ir á casa del Inspector, después de habérselo advertido, por delicadeza.

Era domingo: contaba con poder ir primero á misa, y luego á la fábrica del caballero Sanis.

Pero mientras estaba acabando de vestirse, hé aquí que se presenta la maestra Mazzara, ansiosa, atareada, excitada como siempre, con la sonrisa en los labios y un paquete de papeles en la mano. Había estado ya en casa de la Baroffi á pedirle un artículo para su *Almanaque*, que querían publicar varias maestras en beneficio de una compañera, viuda de un guarda de consumos. No podía detenerse mas que pocos minutos. Tenía que corretear todo el día por Turin para preparar una función de aficionados en el teatro Scribe, para la fundación de un asilo infantil en la Crocetta; tenía que hacer una visita á la Escuela de Horticultura en la calle de Garibaldi, donde una amiga suya enseñaba á escribir á cuarenta jardineros; también quería llegarse al Instituto del Buen Pastor para averiguar qué había de verdad en una especie que un periódico había publicado, de que las maestras monjas hacían aparecerse de noche al diablo, para atemorizar á las muchachas malas...

Una vez que concluyó de decir toda esta retahíla, tomó alientos y pidió noticias so-

bre la escuela de adultos á su amiga, y se mostró apenada al verla triste, haciéndole estas preguntas:

—¿Qué hay? ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué estás pálida? ¿Qué te han hecho?

Es verdad que á la Varetti no le parecía la confidente más oportuna para las cosas que le habían pasado.

Pero no teniendo otra, se lo contó todo, hasta la escena de la tarde anterior.

—¡De manera que le has enamorado!—exclamó con gran vivacidad...—¡Por eso no se le ha vuelto á ver en las escuelas dominicales!

Y así se quedó pensando un momento, como para saborear, lo que la aventura tenía de novelesca.

Luego le preguntó:

—¿Y qué has decidido hacer?

La Varetti le dijo resueltamente su intención.

Su amiga se quedó absorta por un momento.

Luego respondió con gravedad meneando la cabeza:

—Yo no te aconsejaría tal cosa.

Preguntándole por qué, explicó su pensamiento:

—Porque tú no conoces el alma de esa gente. Vas á provocar una venganza.

—¿Pero qué venganza quieres tú que yo provoque?—preguntó la Varetta alzándose de hombros.—¿Qué cosa peor puede hacerme?... ¿Matarme?

—Eh, á tí nõ te hará nada—contestó la otra,—claro está. Pero si no se venga en tí, se vengará en los que le castiguen, puedes estar tan segura de ello como si fuera ya un hecho. No, no graves tu conciencia con un remordimiento semejante.

—Pero entonces—exclamó la Varetta resentida—¿yo tengo que tragarme la afrenta y esperar lo que hagan los demás?

La amiga estuvo en silencio medio minuto.

—Pero, ¡qué cabeza—dijo—ni siquiera te he dado un beso!

La Varetta no pudo menos de maravillarse y de mostrarse desdeñosa. Sin embargo, su amiga no la dejó hablar.

—Bien comprendo que afrenta la ha habido de todos modos. Pero... ¿no dices que te pidió perdón?... Después de todo no debes dejar de considerar qué hombre es, ó era, mejor dicho. Ya es una victoria hermosa, el haberlo reducido de este modo, el haberle

inspirado un sentimiento... Qué quieres que te diga, si estuviera en tu pellejo, estaría á la expectativa. Querría acabar la obra, llegar á convertirlo... Es un caso raro ciertamente.

Después de mirar atentamente á su amiga:

—¡Ah! pobre Enriqueta mía—le dijo sonriéndose y cogiéndole la barbilla entre sus dedos,—¡con esta carita hermosa de princesita!...

La Varetta se enjugó dos lágrimas.

—Sigue mi consejo—replicó la amiga,—perdona una vez más. Yo estoy segura de que no volverá á ocurrir nada... Tú no conoces á estos jóvenes del pueblo. Basta con irritarlos ó humillarlos, se hace de ellos lo que se quiere, aunque sean de los peores. Ese, estate segura, llegará á ser un cordeiro. Te abrió el camino con los pies, pues te lo hará con las rodillas.

La Varetta se quedó perpleja.

—¡Ah! ¡el pueblo!—continuó su amiga.—Créeme, no se conoce bien al pueblo. Por esto no se le ama. Ea, basta. Pronto volveré á verte. Tengo curiosidad por saber cómo concluirá este asunto. ¿Qué has decidido?

—No lo sé,—respondió la Varetta, mirando fijamente á través de los cristales las chimeneas de las fábricas, como si fueran un

elemento del problema que la tenía en duda.

La Mazzara, al marcharse, aún tuvo tiempo de desembuchar un fárrago de noticias de Turín: en la sección de Saboya, la maestra Fulana había sido suspendida por haber aceptado un regalo de las alumnas en el día de su santo; en la sección Sclopis había un matrimonio; la condesa Di Rosa había invitado á uno de sus magníficos bailes á las dos maestras de sus hijas; en el Retiro de la Visitación había intentado envenenarse una muchacha porque le habían secuestrado una carta amorosa; en San Felipe, en la cuaresma próxima, predicaría el P. Calandra. Y estando en el umbral, aún pudo añadir otra noticia más:

—Malon, el famoso socialista francés, piensa dar una conferencia á los obreros de Turín.

Ella esperaba poder asistir.

—¡Ánimo—le dijo por último desde la calle con adolorada sonrisa,—bella domadora!



XX

Después de muchas vacilaciones, la Varetti se decidió á esperar más, y volvió á la escuela de adultos, el lunes por la noche, algo turbada en su interior, pero exteriormente tranquila como si nada hubiera pasado.

Apenas se sentó, pudo notar, sin fijar la vista en Muroli, que se hallaba en una actitud en la cual jamás le había visto, con los codos apoyados en el banco y la barba en los puños, y le bastó, un minuto después, echarle una mirada á hurtadillas, para conocer que había bebido. Otra vez se había plantado el mechón en la frente, tenía los ojos lustrosos y soñolientos, la corbata descompuesta, y parecióle á la maestra que á través del denso velo de la embriaguez se descubría la expresión triste y atravesada de los primeros días, como si hubiese vuel-

to al propósito de escarnecerla y de causarle miedo.

Mas aquella noche ni promovió desorden alguno, ni cambió de actitud.

Ella ni le preguntó, ni le hizo leer.

A la noche siguiente vino en su entero juicio, con su semblante acostumbrado, y desde entonces le vió que volvía á estar atento, á mirarla, á escucharla con aquel aire de admiración meditabunda y casi sombría, que había tomado antes del último encuentro en el camino.

Solamente que no aparecía ya signo alguno de ambición ó de vanidad ni en su persona ni en su conducta: presentábase con la cara y las manos dudosamente limpias, leía con abandono, hacía los trabajos sin fijarse, ó no los hacía, y daba muestras de no querer que le preguntaran, de que le dejaran tranquilo en su rincón, mirarla en silencio como un perro de caza. Pero esta contemplación, tan prolongada á veces, que le privaba de atender á su libro de lectura cuando los demás leían, y que apoyando su espalda contra la pared, le hacía volverse por completo hacia la derecha cuando á la maestra le correspondía estar en la primera sección, acabó por saltar á la vista aun de

los alumnos menos observadores. Chicos y grandes de cuando en cuando, se lo decían unos á otros al oído.

—¡Qué! ¿Es por consiguiente verdad, que *Saltaventanas* está enamorado de la maestra?

—¡Es una cosa rara!

—Por esta vez tiene que habérselas con la voluntad.

—Se necesita tener el tupé que tiene *Saltaventanas* y una buena dosis de pretensión...

Nadie hubiera pensado que aquel pica-ro que tantas cosas había hecho y probado, de todos colores, diera ahora en semejante tontería. Y los hombres hubiesen sido los primeros en burlarse de él si no temieran los peligros que corrían. Pero los muchachos, más malignos y menos prudentes, no se moderaron tanto. Sin embargo, gracias al temor que ponía en las gentes, no se hubiera producido escándalo alguno, si él no se hubiese dejado arrastrar á provocarlo.



XXI

Él, que en los primeros días, había excitado á la clase á la risa y al desorden en odio á la maestra, veía ahora con malos ojos al que la fastidiaba ó la ofendía. Comenzó á mirar de reojo á los que hacían ruido, primeramente sin intención, como el que se siente molestado por una idea fija, luego ya con el propósito manifiesto de tenerles á raya, mirando detenidamente ora á uno ora á otro de los perturbadores. Cuando estos lo echaron de ver, envalentonándose unos con otros al encontrarse conformes y unidos, creció el desorden, y entonces á la ira primera se unió en Muro ni el resentimiento de la injuria encaminada á él directamente.

La cosa por algunas noches no pasó de ciertos límites; pero luego él se enfureció. Los perturbadores obstinados no eran mas que los muchachos, pero por esto mismo se sentía más herido en su orgullo, ¡él no hacer-

se temer de un puñado de pilluelos! ¡él, que había hecho temblar á hombres! Principió, cuando cometían alguna diablura más desvergonzada, por decirles impertinencias y por amenazarles con que ya les ajustaría las cuentas á la salida. Y la verdad es que en su cara nadie se atrevía á contestarle; pero contestaban todos juntos levantando un sor-do murmullo como el de perros gruñendo ó el bufido de los gatos ó el hacer la carretilla; todo lo cual le ponía fuera de quicio.

El más encarnizado era Maggia el chiquito, buena madera para un *Saltaventanas* del porvenir, capaz de afrontar á un hombre.

Debía de ser obra suya una copla en dialecto que la Varette le oyó cantar una noche con sus compañeros y en la cual rimaban *maestra* y *Saltafinestra* (*Saltaventana*) al final de dos versos que le hicieron salir los colores al rostro.

Ella se encontraba en una situación penosa y difícil; sin poder aceptar en modo alguno, y sin saber tampoco de qué medio valerse para rechazar aquella excesiva y descarada protección del peor conceptuado de sus escolares.

Había sin embargo algo más grave.

Aquella abierta pasión de Muro ni, aquella

admiración, continua, ávida y muda, iban avivando en los demás, por simpatía, aquella llama mixta de sensualidad y de sentimiento que había advertido pasados los primeros días. Veía ahora que aun varios de los hombres más serios la miraban con ojos más penetrantes y atrevidos; adivinaba que entre ellos hacíanse comentarios más libres sobre su persona; pescaba al vuelo manifestaciones apenas perceptibles de celos, hasta en la misma cara de bronce de aquel Maggia, de quien parecióle sentir el roce de su mano sobre el vestido, al pasar una noche por entre los bancos.

Quienes únicamente permanecieron inmutables fueron Perotti, con su honrada barba de buen padre de familia, el cual trataba siempre á la maestra con el respeto de un viejo servidor; aquella especie de animal, el tío de Maggia, siempre obstinado en el estudio y encorvado sobre el banco como una bestia hambrienta sobre el pesebre; y el socialista Lamagna. Este sin demostrar ninguna cortesía á la maestra, á quien consideraba como compañera de oficio, parecía fastidiado con la conducta de sus condiscípulos, y daba muestras de disgusto á sus inconveniencias más groseras; según él, el obrero es

quien debería haber enseñado la educación á los señores, y lejos de hacerse despreciar de estos por lo bastos, hacerles que se avergonzaran á fuerza de dignidad y de cultura.



XXII

Á tal punto llegó una noche el desorden, que la maestra se decidió á acudir á Gavallo. Diez minutos después de la lección, cuando aún se oían en la calle los silbidos y los cánticos estrepitosos de los alumnos, llena de tristeza, y estallando de ira fué á llamar á la puerta de su habitación. Contestáronle á la vez, dos voces graves:

—¡Adelante!

Se encontró con el marido y la mujer sentados uno en cada lado de la mesa llena de papelotes, ambos con gruesas cabezas desgreñadas; pequeños y corpulentos, pareciendo más bien hermano y hermana. El saloncillo, republicanamente austero, no tenía más adorno que los grabados de Mazzini, Saffi y Alberto Mario colgados en una pared; de la otra pendía un gran cuadro caligráfico dividido en compartimientos coloreados, en el cual estaban indicados los sueldos de los

maestros elementales de todos los países civilizados; la mesa estaba iluminada por una lucecilla de cocina puesta sobre una caja vacía de azúcar.

—¡Oh! ¡Usted por aquí!—dijo el maestro, entrando sin otro preámbulo en su tema favorito, á propósito de una instancia que estaba escribiendo, para que el Municipio de Turín aceptara como válidos, para los derechos á pensión, los años de servicios prestados por los maestros en otros municipios...

—¡Porque es una cosa de sacrosanta justicia!—exclamó.

La Vargetti le interrumpió y con voz entrecortada le expuso su situación. Hasta entonces había sufrido con paciencia, por no fastidiarlo; pero ya no podía continuar con una clase indisciplinada, que en todos sentidos le faltaba al respeto y convertía la escuela en una plaza pública. Era absolutamente preciso que el maestro fuera al día siguiente á amonestar solemnemente á todos, y reprender particularmente á los más díscolos.

El maestro se puso á rascarse una oreja, y parecía bastante enojado con semejante pretensión.

—Iré—contestó;—pero... ya os lo dije, que para esa clase se requiere energía.

—¿Pero qué energía quiere usted que tenga una muchacha sola delante de cuarenta hombres?—replicó la Varetta.

—Yo les tenía á raya,—dijo con voz de trombón la señora Gavallo.

—Yo no tengo esa virtud,—respondió algo picada la maestrilla.—Usted se imponía más desde luego por su aspecto...

La Gavallo la miró con fijeza.

—Yo no logro atemorizarles—continuó,—no sé qué idear, no atienden á mis repreciones, hago todo lo que puedo, me desesperan. Es un suplicio que me es imposible soportar por más tiempo.

—Es inútil—dijo el maestro impaciente,—al pueblo hay que tratarlo de un modo especial, es preciso entenderlo... No debe presentarse á él con maneras no digo precisamente aristocráticas porque no es el caso presente, pero ni siquiera, ¿cómo diría yo? demasiado finas; no hay que dejarles entrever que casi... se tiene horror de ellos.

La Varetta se excitó con estas palabras.

—¿Quién ha podido decirle que yo uso maneras aristocráticas?

Y en seguida le preguntó como resentida.

—¿Quién le ha dicho que yo tengo horror al pueblo?

—Es preciso mostrar amor hacia el pueblo,—dijo sentenciosamente la maestra Gavallo.

—¡Y yo le amo!—exclamó la maestrilla en una vigorosa efusión de afecto y de desdén.—¿Qué motivos tienen para pensar lo contrario?

—Ea—dijo para concluir y en tono conciliador Gavallo,—haremos lo siguiente: por ahora daré orden al portero para que asista á las lecciones. Su presencia bastará para que los muchachos no se desmanden. Si á pesar de esto, ocurre algo grave, el portero vendrá á llamarme, y entonces... bastará con que me presente. Entretanto, tenga valor.

La maestra, picada, estuvo á punto de contestarle:

—¡Quien debe tenerlo es usted!

Pero se contuvo y sus palabras no pasaron de la punta de la lengua.

Se contentó con saludarles secamente, y se fué.

Al salir, oyó la voz del maestro que decía por lo bajo:

—No entiende al pueblo, no sabe tratar á esa gente.

Y la curiosidad le hizo permanecer un instante con el oído atento. Pero Gavallo pasó inmediatamente á hablar de los maestros del Brasil, los cuales, además de casa y jardín, tenían un tanto de ganancia por cada alumno que concluye los estudios mediante examen aprobado.



XXIII

A la noche siguiente la Varetti volvió resignada á su escuela. Hacía dos horas que estaba nevando copiosamente; los alumnos llegaban con los sombreros y las espaldas llenas de nieve, sacudiéndose la ropa y dando con los pies en el suelo estrepitosamente. En medio de la galería el portero detuvo á la maestra á quien pidió permiso para decirle una palabra en confianza.

El maestro Gavallo le había dicho que asistiera á las lecciones para mantener el orden; pero á él se le había ocurrido una cosa, le parecía más *político* estar en el pasillo con el oído atento, y entrar en el momento preciso en que oyera algún ruido, porque de esta manera podía cojer *in fraganti* á los culpables.

Y diciendo esto guiñó un ojo como para dar á entender mejor su picardía.